

nó escaramuzas para llegar á la ciencia pero que no son la ciencia. Sobre los demás peligros que arrastra en pos de sí el estudio exclusivo de las ciencias, como que tienen una relacion inmediata con el vicio original del hombre, alimentan el orgullo mucho mas que las letras. «Descartes creía, dice el sábio autor de su vida, que era peligroso aplicarse con demasiada seriedad á esas demostraciones superficiales que la industria y la experiencia suministran menos frecuentemente que la casualidad. Opinaba que semejante aplicacion nos quita insensiblemente la costumbre de recurrir al uso de nuestra razon, y nos expone á perder el camino que la luz nos traza.» Pueden añadirse á esa opinion las siguientes palabras de Locke: *Obstinados en el loco pensamiento de que nada hay superior al alcance de nuestra comprension* (1).

¿Quereis enseñar historia natural á los niños sin desecar su corazón y marchitar su inocencia? Poned en sus manos el comentario del *Genesis* por Mr. de Luc ó la obra citada por Rollin en el libro de sus *Estudios* intitulado *Filosofía*. Pero ¿qué filosofía y qué poco parecida á la nuestra! Citemos el primer fragmento que nos presente la casualidad:

«¿Qué arquitecto ha enseñado á las aves á construir un sitio estable y á edificar sobre un fundamento sólido? ¿Qué tierna madre les ha aconsejado cubrir su fondo con materias blandas y delicadas, como plumas y algodón? Cuando faltan esas materias ¿quién les ha sugerido la ingeniosa caridad de arrancarse á sí mismas con el pico las plumas necesarias para preparar una cómoda cuna á sus polluelos?

«¿Habreis reunido, oh Señor, tantos milagros para las aves que no los comprenden? ¿Será para los hombres que no piensan en ellos? ¿O para los curiosos que se contentan con mirarlos sin remontarse hasta su autor? ¿No es evidente que vuestro designio ha sido el darnos con ese espectáculo ocasion de elevar á Vos nuestro pensamiento, hacernos sensibles á vuestra providencia y vuestra sabiduría infinita y llenarnos de confianza en vuestra bondad tan atenta y solícita hasta por unas aves, cuya pareja no vale mas que un óbolo?»

Solo los *Estudios de la Naturaleza*, de Mr. Bernardino de Saint-Pierre, son los que pueden ofrecer pinturas tan religiosas y tan interesantes. La mas hermosa página de Buffon, no iguala tal vez á la tierna elocuencia de ese pensamiento cristiano: *Habreis reunido, oh Señor*, etc.

Hallábase hace algun tiempo un extranjero en cierta sociedad, donde se hablaba del hijo de la casa que aun no tenia mas que seis ó siete años de edad, como de un prodigio. No tardó en oírse un gran estrépito; abriéronse las puertas del salon, y apareció el pequeño doctor con los brazos desnudos, el pecho descubierta, vestido, en fin, como un mono que va á enseñarse en la feria. Presentóse arrastrando los piés, mirando con desvergüenza, molestando á todo el mundo con preguntas, y tuteando sin distincion de sexo ni edad. Colocáronlo con toda la comodidad posible en medio de la atónita asamblea, y le preguntaron: ¿Qué es hombre? A esta pregunta que un maestro le hizo con toda gravedad, contestó: Es un animal mamífero, que tiene cuatro extremidades, de las cuales dos se terminan en manos.—¿Hay otros animales de su clase?—Sí: los murciélagos y los monos. La asamblea prorumpió en exclamaciones de admiracion. El extranjero se volvió hácia nosotros y nos dijo bruscamente: «Si tuviera un hijo que supiese tales cosas, le estaria dando, á despecho de las lágrimas de su madre, latigazos hasta que las olvidara.» No puedo apartar de la memoria las palabras de nuestro Enrique IV. *Querida mia*, solia decir á su

(1) Entend, hum, lib. 1, cap. III, art. 4.

»esposa: ¿lloras porque pego á nuestro hijo? Ten entendido que es por su bien; la pena que te causo te ahorrará otras muchas andando el tiempo.

Esos pequeños naturalistas que no saben una palabra de su religion ni de sus deberes, son personajes insoportables al llegar á los quince años. Siendo ya hombres, sin ser hombres, van arrastrando su cuerpo enervado y su pálida frente por los círculos de París, hablando como maestros, teniendo una opinion propia en moral y en política, fallando acerca del bien y del mal, emitiendo su opinion acerca de la hermosura de las mujeres, la bondad de los libros, del teatro, del baile; viéndose bailar ellos mismos con admiracion, picándose de estar ya *fastidiados* de sus triunfos, y lo que todavía es mas horrible y ridiculo, rescurriendo alguna vez al suicidio.

¡Ah! No son estos, por cierto, los niños de otro tiempo, que los padres enviaban á buscar todos los jueves al colegio. Aquellos se presentaban con vestidos sencillos y modestamente abrochados; abanzaban con timidez entre el círculo de la familia, ruborizándose cuando se les hablaba, bajando la vista, saludando con torpezal, si se quiere, pero tomando realce de su sencillez y de su inocencia, y sin embargo, el corazón de aquellos pobres niños, rebosando de alegría. ¿Qué delicioso no era para ellos un día pasado de esta manera bajo el techo paterno, en medio de las complacencias de los criados, los abrazos de las hermanas, y los secretos regalos de la madre! Si se les proponia alguna cuestion relativa á sus estudios, si se les preguntaba: ¿Qué era el hombre? no contestaban que es un animal mamífero colocado entre los murciélagos y los monos, porque ignoraban esas importantes verdades; pero con arreglo á lo que habian aprendido en Bossuet ó Fenelon, decian que, Dios ha creado al hombre para que le ame y sirva; que el hombre tiene una alma inmortal; que será castigado ó recompensado en la otra vida, segun sus buenas ó malas acciones; que los niños deben respetar á sus padres, y finalmente, todas esas verdades del catecismo que causan compasion á la filosofía. Apoyaban esa historia natural del hombre con algunos pasajes famosos en versos griegos y latinos tomados de Homero y de Virgilio, y esas hermosas citas del genio de la antigüedad, estaban bastante en armonía con los genios no menos antiguos del autor del *Telémaco* y del de la *Historia Universal*.

Pero tiempo es ya de pasar al resumen general de la *Legislacion primitiva*. Las bases en que Mr. de Bonald la planteó son las siguientes:

«Hay un Ser Supremo, ó una causa general.

«Este Ser Supremo es Dios. Su existencia se encuentra esencialmente demostrada por la palabra, que el hombre no hubiera podido combinar, y que por consiguiente le ha sido enseñada.

«La causa general, ó Dios, ha producido un efecto igualmente general en el mundo, el hombre.

«Esos dos términos, causa y efecto, Dios y el hombre, tienen un término medio necesario, sin el cual no habria relacion entre ellos.

«Ese término medio necesario debe proporcionarse á la perfeccion de la causa y á la imperfeccion del efecto.

«¿Cuál es ese término medio? ¿Dónde estaba? Eso era, dice el autor, el grande enigma del universo.

«Estaba anunciado á un pueblo; debía ser conocido de otro.

«Así lo ha sido al llegar el tiempo marcado. Antes de ese momento no eran conocidas las verdaderas relaciones del hombre con Dios, porque los seres no son conocidos por sí mismos sino por sus relaciones, y porque todo término medio ó toda relacion, faltaba entre el hombre y Dios.

«Habrá verdadero conocimiento de Dios y del hombre donde quiera que ese mediador será conocido, y

por el contrario ignorancia de Dios y del hombre, donde el mediador sea desconocido.

«Allí donde hay conocimiento de Dios y del hombre, y de su relacion natural, hay necesariamente buenas leyes, puesto que ellas no son mas que la expresion de las relaciones naturales; por consiguiente, la civilizacion será producto del conocimiento del mediador, asi como la barbarie del extremo contrario.

«Hay, por consiguiente, una civilizacion principia en el pueblo hebreo y consumada en el pueblo cristiano. Los pueblos idólatras han sido *barbaros*».

Esta palabra *barbaro*, es preciso entenderla en el sentido que el autor la aplica. Para él las artes no constituyen pueblo *civilizado*, sino pueblo *culto*. No atribuye civilizacion mas que á las leyes morales y políticas. Compréndese que todo esto, á pesar de estar muy bien encadenado, queda sujeto á grandes objeciones. Siempre será algo difícil admitir que un turco de nuestra época está mas *civilizado* que un ateniense del tiempo antiguo, porque tiene un *conocimiento confuso del mediador*. Los sistemas exclusivos que conducen á grandes cosas y á grandes descubrimientos, ofrecen inevitablemente algunos peligros y algunas partes débiles.

Una vez establecidos los tres términos primitivos, Mr. de Bonald los aplica al mundo social y al mundo moral, porque en efecto, esos tres términos encierran el orden del universo. La *causa*, el *medio* y el *efecto*, se convierten para la sociedad, siendo considerados bajo este punto de vista, en *poder*, en *ministro* y en *súbdito*.

«La sociedad es religiosa ó política, doméstica ó pública.

«El estado puramente doméstico de la sociedad política, se llama familia.

«El complemento de la sociedad religiosa ha consistido en hacer pasar el género humano al *deísmo* ó religion nacional de los hebreos, y de allí á la religion general de los cristianos.

«El perfeccionamiento de la sociedad política en Europa, ha consistido en hacer pasar los hombres del estado doméstico al estado público, y haber fijado los pueblos civilizados que componen la cristiandad.»

Debe notar el lector que al llegar á este pasaje deja el autor la parte sistemática para entrar en una serie de principios los mas nuevos y fecundos.

«En todos los modos particulares de la sociedad, el poder quiere la sociedad, es decir, su conservacion; el ministro obra ejecutando la voluntad del poder. El súbdito es el objeto de la voluntad del poder y el término de la accion de los ministros.

«El poder quiere; debe, por lo mismo, ser uno; los ministros ejecutan, deben ser muchos.»

Así va llegando Mr. de Bonald á la base fundamental de su sistema político; base, que como acaba de verse, ha sido buscada en el mismo seno de Dios. En su concepto la monarquía ó la unidad del poder, es el único gobierno que se deriva de la esencia de las cosas, y de la soberanía del Omnipotente sobre la naturaleza. Toda forma política que se aleja de ese punto, conduce mas ó menos los pueblos hácia la infancia, ó hácia la barbarie de la sociedad.

En el segundo libro demuestra Mr. de Bonald la aplicacion á los estados particulares de la sociedad. Establece para la familia ó sociedad doméstica, diversas relaciones entre los amos y los criados, y entre los padres y los hijos. En la sociedad pública, declara que el poder público debe ser como el poder doméstico, comedido á Dios, único é independiente de los hombres, es decir, que debe ser único, masculino, propietario y perpétuo; pues sin unidad, sin estar en manos de varon, y sin propiedad, no puede haber verdadera independencia. Tambien examina el autor las atribuciones del poder, el estado de paz y de guerra, y el código de las leyes. Acorde con el título de

su obra, encierra todos esos asuntos en los elementos de la legislacion. Ha comprendido que es necesario recordar las nociones mas sencillas, cuando todos los principios sociales se hallan trastornados.

En el tratado del *Ministerio público* que sigue á los dos libros de principios, trata de demostrar por la historia de los tiempos modernos, y especialmente por la de Francia, la verdad de los principios que ha establecido.

«Al aparecer en el mundo, dice Mr. de Bonald, la verdad cristiana, llamó pastores y reyes á su cuna, y los homenajes primeros que de ellos recibió, anunciaron al universo que venia á arreglar las familias y los Estados; el hombre particular y el hombre público.»

Trabóse lucha entre el cristianismo y la idolatría, y se derramó mucha sangre. La religion perdió sus mas generosos atletas; pero triunfó. Encerrada hasta ese momento en la familia ó sociedad doméstica, pasó al Estado y se hizo propietaria. A las pequeñas iglesias de Efeso y Tesalónica, sucedieron las grandes iglesias de las Galias y de la Germania. El Estado político se formó con el Estado religioso, ó mas bien dicho, fue constituido naturalmente por él. Formáronse las grandes monarquías de Europa con las grandes iglesias: la Iglesia tuvo su jefe, sus ministros y sus fieles, y el Estado político su rey, sus ministros y sus súbditos ó vasallos. Division de jurisdiccion, gerarquía en las funciones, naturaleza de las propiedades, todo, hasta las denominaciones, fue poco mas ó menos semejante en el ministerio religioso y en el ministerio político. La Iglesia se dividió en metrópolis, diócesis, etc.; el Estado en gobiernos ó ducados, distritos ó condados, etc. La Iglesia tuvo sus órdenes religiosas encargadas de la educacion y del depósito de las ciencias, y el Estado sus órdenes militares encargadas de la defensa de la religion; en todas partes se fue el Estado levantando con la Iglesia; el torreon al lado del campamento; el magistrado al lado del sacerdote; el noble, ó sea el defensor del Estado, residia en la campiña; el religioso habitaba en los desiertos. No tardó el primer orden en alterarse, y por lo tanto se alteró simultáneamente en el orden político y religioso. El noble pasó á vivir en las ciudades que se iban engrandeciendo, y el sacerdote abandonó al mismo tiempo la soledad. La propiedad se desnaturalizó. Las invasiones de los normandos, los cambios de las razas reinantes, las cruzadas y las guerras de los reyes con los vasallos, hicieron pasar á manos del clero gran número de feudos, propiedad natural y exclusiva del orden político, y por el contrario los diezmos eclesiásticos, propiedad natural y exclusiva del orden clerical, pasaron á manos de la nobleza; este cambio produjo naturalmente el de los deberes tan íntimamente enlazados con la propiedad. El noble dió beneficios eclesiásticos, y alguna vez los declaró hereditarios en su familia. El sacerdote instituyó jueces, levantó tropas, y no faltó ocasion en que fue juez ó soldado. De manera que, al confundirse la propiedad, quedó alterado el espíritu de cada orden.

«Por último, llegó la época de la gran revolucion religiosa; esta fue desde luego preparada en la Iglesia por la imprudente institucion de las órdenes mendicantes que la corte romana creyó deber oponer á un clero opulento y corrompido; mas esas órdenes no tardaron en ser objeto de sarcasmo por parte de una nacion elegante y espiritual como es la Francia. Al mismo tiempo que Roma establecia sus milicias, el Estado organizaba las suyas. Las Cruzadas y las usurpaciones de la corona habian empobrecido á la nobleza, y por lo tanto fue preciso recurrir á tropas asalariadas para atender á su defensa. La fuerza militar en tiempo de Carlos VII, pasó al *pueblo armado*, ó sea á las tropas asalariadas; la fuerza judicial en tiempo de Francisco I, pasó al *pueblo letrado*, por la venali-

dad de los empleados judiciales. La reforma en la Iglesia se dió la mano con las innovaciones del Estado. Los simples ciudadanos habian tomado el puesto de los magistrados constituidos en las funciones políticas; los simples fieles usurparon á los sacerdotes las funciones religiosas. Lutero atentó contra el sacerdocio público; Calvino lo reemplazó en la familia. Entró el popularismo en el Estado y el presbiterianismo en la Iglesia. El ministerio público pasó al pueblo, en tanto que se abrogaba el soberano poder, y entonces fueron proclamados los dos dogmas correlativos á los dos estados, la democracia religiosa y la democracia política; el uno diciendo que la autoridad religiosa reside en la corporacion de los fieles, y el otro que la soberanía política reside en la asamblea de los ciudadanos.

«Con el cambio de principios vino el cambio de costumbres: los nobles dejaron la hermosa carrera de la judicatura para dedicarse exclusivamente al ejercicio de las armas. La licencia militar acabó de relajar los nudos de la moral; las mujeres llegaron á ejercer influencia en el ministerio público; el lujo se aclimató en la corte y en las ciudades; las delicias de las ciudades se antepusieron á las rudas tareas de la agricultura; á falta de consideracion pensaron en obtener títulos; la nobleza se puso en venta al mismo tiempo que se estaba haciendo almoneda de los bienes de la Iglesia. Extinguiéronse los nombres ilustres; las primeras familias del Estado cayeron en la pobreza; el clero perdió su autoridad y su consideracion, y por último, el filosofismo, surgiendo del fondo de aquel caos religioso y político, concluyó de dar al traste con la conmovida moral.»

Ese pasaje, muy digno de atencion, está tomado de la *Teoría del poder político y religioso*, obra prohibida por el Directorio, y de la cual no pudieron salvarse sino unos pocos ejemplares. De desear sería que se publicara un resumen de ese interesante libro, superior á la *Legislacion primitiva*, y del cual este puede decirse que no es mas que un extracto. Entonces se vería de dónde salen todas esas ideas tan nuevas en política, que algunos escritores ostentan en la actualidad sin indicar siquiera el origen de donde las toman.

Por lo demás, nos gloriamos de haber encontrado en la obra de Mr. de Bonald una confirmacion de los principios literarios y religiosos que hemos proclamado en el *Genio del Cristianismo*. Algunas veces avanza todavía mas que nosotros mismos, pues ciertamente no nos reconocemos con autoridad para atrevernos á afirmar como él: *que hoy es preciso tomar las mayores precauciones para no caer en ridiculo al hablar de mitología*. Creemos que un ingenio fecundo puede sacar aun muchos tesoros de esa mina; mas tambien pensamos, y tal vez seremos los primeros que lo hemos dicho, que hay mas recursos para la poesía dramática en la religion cristiana que en la de los antiguos; que las innumerables maravillas que necesariamente resultan para el poeta de la lucha de las pasiones y de una religion casta é inflexible, pueden recompensar ampliamente la pérdida de las bellezas mitológicas. Aun cuando no hubiéramos conseguido mas que hacer nacer una duda acerca de esa importante cuestion literaria, decidida en favor de la Fábula por las mas grandes autoridades ¿no podría decirse que hemos alcanzado casi una especie de victoria? (1)

(1) La misma madama Staël, en el prefacio de una novela, se digna hacernos alguna concesion, y convenir en que las ideas religiosas son favorables al desarrollo del genio; sin embargo, esa señora parece haber escrito su libro para combatir esas mismas ideas, y demostrar que nada hay mas árido que el cristianismo ni mas tierno que la filosofía. ¿Lo ha conseguido? Al público es á quien le toca decidir; mas por lo menos ha dado nuevas pruebas de una inteligencia distinguida y

Mr. de Bonald clama tambien contra esos espíritus tímidos que, por respeto á la religion, la dejarían voluntariamente perecer. Sobre este particular se expresa casi en los mismos términos que nosotros.

«Cuando desde un extremo al otro de Europa se desconocen esas verdades necesarias al órden social... ¿habrá necesidad de justificarse ante espíritus tímidos y almas timoratas, por haberse atrevido á levantar un pliegue del velo que ocultaba esas verdades á las miradas poco atentas? ¿Habrá cristianos de fe tan débil que teman que esas verdades serán menos respetadas á proporcion que serán mas conocidas?»

En medio de esas sangrientas críticas que nos han asaltado desde nuestros primeros pasos en la literatura, confesaremos que es muy lisonjero y consolador ver hoy nuestro débil trabajo aprobado por un hombre como Mr. de Bonald. Sin embargo, nos tomaremos la libertad de decirle que en la ingeniosa comparacion que hace de su obra con la nuestra, acredita que sabe usar mejor que nosotros las armas de la imaginacion, y que si no las emplea mas á menudo, es porque se desdeña de hacerlo. El es, por mas que diga, el sábio arquitecto del templo, del cual no somos mas que un hábil decorador.

Mucho es de sentir que Mr. de Bonald no haya tenido el tiempo ni la fortuna necesaria para reunir en un solo tomo su *Teoría del poder*, el *Divorcio*, la *Legislacion primitiva*, y sus diversos *Tratados de política*. Pero la Providencia, que dispone de nosotros, ha marcado otros deberes á Mr. de Bonald: ha pedido á su corazon el sacrificio de su talento. Ese hombre raro y modesto, está consagrando sus momentos á una familia desgraciada, y las atenciones paternales le hacen olvidar las exigencias de la gloria. A él se podrá aplicar el elogio que la Escritura hace de los patriarcas: *Homines divites in virtute, pulchritudinis studium habentes; pacificantes in domibus suis.*»

El talento de Mr. de Bonald nos parece aun mas profundo que alto; profundiza mas que lo que se levanta. Su espíritu nos parece penetrante y sólido á un mismo tiempo; su imaginacion no va siempre como las imaginaciones eminentemente poéticas, arrebatada por un sentimiento vivo ó una grande imágen; es espiritual, es ingeniosa, y de aquí proviene que en ella haya mas calma que movimiento y mas luz que calor. Los sentimientos de Mr. de Bonald, respiran en su totalidad ese honor francés, esa probidad que constituyen el carácter dominante de los escritores del tiempo de Luis XIV. Compréndese que esos escritores llegaron á descubrir la verdad, no tanto por la fuerza de su espíritu, como por la rectitud de su corazon.

Son tan raras las veces en que hay ocasion de presentar al público hombres y libros de este género, que por lo tanto debe perdonársenos la longitud de este extracto. Al irse extinguiendo por grados las claridades que brillan todavía en nuestro horizonte literario, natural es que las miradas se fijen con placer en una nueva luz que empieza á aparecer. Todos esos hombres gloriosamente envejecidos en la profesion de las letras; todos esos escritores conocidos desde hace mucho tiempo á quienes nosotros sucederemos, pero no reemplazaremos, han visto dias mas afortunados, pues vivieron con Buffon, con Montesquieu y con Voltaire; Voltaire habia conocido á Boileau; Boileau habia visto morir al anciano Corneille, y Corneille siendo aun jóven, oyó tal vez los postreros acentos de Malherbe. Esa magnífica cadena del genio francés ha venido á romperse; la revolucion ha abierto un abismo que separa para siempre lo pasado y el porvenir.

de una imaginacion brillante, y por mas que intenta hacer prevalecer opiniones que hielan el corazon, en toda su obra campea esa bondad que los sistemas filosóficos no han podido alterar, y esa generosidad que nunca ha sido reclamada en vano por quien la haya necesitado.

No se ha formado una generacion media entre los escritores que acaban y los escritores que principian. Solo un hombre tiene todavía en sus manos el encadenamiento de la antigua tradicion, y permanece de pie en ese intervalo desierto. No será difícil conocer á quien la amistad, sin atreverse á revelar el nombre, designa con estas palabras, y á quien el autor célebre, oráculo del gusto y de la crítica, ha designado por sucesor. Sin embargo, si los escritores de la nueva época, dispersados por la tormenta, no han podido para instruirse aprovechar las autoridades de otro tiempo, si no han tenido otro recurso que su propio ingenio ¿no podrá tambien decirse que la soledad y el infortunio son famosas escuelas? Compañeros de unas mismas contrariedades, amigos antes que autores, ¿ojalá nunca vean surgir entre ellos esas abominables envidias que con demasiada frecuencia han deshonrado la noble y consoladora profesion de las letras! Mucho valor y mucha union necesitan todavía; las le-

tras conservaron durante largo tiempo el estremecimiento que les comunicó la tempestad. Las letras produjeron la revolucion, y serán el último asilo de las animosidades revolucionarias. No basta medio siglo para calmar tantas vanidades comprometidas, tantos amores propios lastimados. ¿Quién podrá, pues, prometerse ver dias mas serenos para las musas? La vida es demasiado corta, y se parece á las carreras de los juegos funerales en los tiempos heróicos, un breve espacio, limitado por un sepulcro.

Ἐσπεύοντες αὐτῶν, etc.

«Por este lado, dijo Nestor á Antícolo, se mantiene en pie el desnudo tronco de una encina: dos piedras lo sustentan en medio de un angosto sendero: es una antigua tumba y el límite señalado á vuestra carrera.»

SOBRE LA PRIMAVERA DE UN PROSCRIPTO.

POEMA POR M. J. MICHAUD.

Fnero 1803.

Voltaire dijo: *«Cantad vuestros placeres ó suspended el canto.»* ¿No podría decirse con la misma exactitud: *«Cantad vuestras desgracias ó dejad los cantares?»*

Condenado á muerte durante la época del Terror, viéndose obligado á huir por segunda vez despues del 18 Fructidor, fue recibido en las montañas de Jura el autor de la *Primavera de un Proscrito*, por unos corazones hospitalarios, y pudo en el cuadro de la naturaleza encontrar á un mismo tiempo consuelo y pábulo á sus pesares.

Cuando la mano de la Providencia nos aleja del trato de los hombres, nuestros ojos menos distraidos se fijan en el espectáculo de la creacion, y descubren maravillas que tal vez ni siquiera habíamos sospechado. Desde el fondo de la soledad se contemplan las tempestades del mundo, á la manera que el hombre arrojado á una isla desierta, se complace en mirar con secreta melancolía las olas que se estrellan sobre la costa en que naufragó. Despues de la pérdida de nuestros amigos, el corazon, si no ha sucumbido al dolor, se concentra en sí mismo, y forma el propósito de no dar cabida á ningun otro afecto, y vivir únicamente de recuerdos. Semejante situacion nos hace muy poco aptos para la sociedad; pero al mismo tiempo nos hace mucho mas sensibles. Penetre en la profundidad de los bosques el que se halle abrumado de penas; ande errante bajo su móvil bóveda; trepe á la cima desde donde se descubre un inmenso paisaje, ó el sol levantándose sobre los mares; su dolor no resistirá á semejante espectáculo. No es decir que su olvidará lo que ama (pues entonces ¿quién no temería el consuelo?), sino que el recuerdo de sus amigos se confundirá con la calma de los bosques y de los cielos; conservará esa dulzura, y no perderá mas que su amarga inquietud. ¡Felices los que aman la naturaleza! Ella les saldrá al encuentro y les consolará en el dia de la adversidad.

Estas reflexiones nos han sido inspiradas por el amable libro que anunciamos. Su autor no es un poeta que busca únicamente la pompa y la perfeccion del arte; es un desgraciado que se entretiene consigo

mismo, y que pulsa la lira á fin de dar armonía á la expresion de su dolor; un proscrito que dice á su libro como Ovidio á los suyos:

«¡Libro mio, irás á Roma, irás á Roma sin mí!... ¡Ah! ¡No es lícito á tu señor ir contigo! Parte; pero místiamente, como debe hacerlo el libro de un poeta desterrado.»

La obra, dividida en tres cantos, se abre por una descripcion de los primeros hermosos dias del año. El autor compara la tranquilidad de los campos con el terror que dominaba entonces en las ciudades, y en versos naturales y fáciles hace la siguiente pintura del labrador que daba asilo á los proscritos:

«Amigo de los desgraciados en esta edad de hierro, llora sus infortunios, alivia su miseria, y les abre las puertas de su cabaña como si fueran sus propios hijos. Los que le deben su felicidad, encuentran bajo la discreta sombra del bosque que ha plantado, asilo en que librarse de la persecucion de sus crueles enemigos. Allí oculta el pálido fugitivo sus temores, y lejos de las facciones y del tumulto de las armas, lamenta en paz los males que pesan sobre la agitada patria.»

Su religion, perseguida en las ciudades, encuentra tambien á su vez asilo en los bosques, aunque en ellos ha perdido ya sus altares y templos. Describe el poeta esas religiosas escenas del modo siguiente:

«Alguna vez en medio del profundo silencio de la noche, vienen los habitantes de la cabaña reunidos por un santo celo á ofrecer al Dios, cuya paternal bondad está siempre hondamente grabada en su memoria y en su afecto, los votos de la inocencia y flores de la primavera en vez de incienso. El eco repite en los bosques los tímidos acentos de su fervorosa oracion.»

«Mas ¡ah! ¿Qué se ha hecho la antigua iglesia, la cruz de piedra, la torre que se elevaba hácia el cielo, la campana, cuyo vibrante sonido reemplazaba la extinguida voz de las amadas prendas que dormian en eterno silencio; el santo de la aldea, cuyo piadoso brillo y rústica imágen realizaba la luz al pasar por el gótico roseton de vidrios de color? ¿Qué se ha hecho aquel sagrado recinto donde se proclamaba el perdón de las ofensas y el amor á nuestros enemigos? ¿Por

«qué no resuena ya en él la voz del venerable pastor que para cada infortunio ofrecía una esperanza?»

Estos dulces y piadosos pensamientos, expresados como ya se ha dicho, en versos fáciles y naturales, se adunan perfectamente con los objetos de que se compone el fondo del cuadro. Sabido es que las iglesias dan un carácter singularmente moral á las aldeas y barriadas campestres. Lo primero en que se fijan las miradas del viajero, es en la cruz que domina el campanario, y cuyo aspecto despierta en su mente una multitud de ideas y de recuerdos. Es la cúspide de la fúnebre pirámide en derredor de la cual duermen los antepasados; pero también es el monumento de alegría desde donde la campana anuncia la vida de los fieles. Allí es también, en aquel recinto, donde los esposos se juran fidelidad: allí, es donde los cristianos se prosternan al pie de los altares, el débil á implorar al Fuerte de los fuertes, el culpable á suplicar al Dios de las misericordias, el inocente á celebrar al Padre de toda bondad. Colocad un campanario campestre en un paisaje que parezca desnudo, árido y triste, y al punto vereis cómo todo se anima: las dulces ideas de pastor y rebaño, de asilo para el viajero, de limosna para el peregrino, y de hospitalidad y fraternidad cristiana, renacerán por todas partes.

Un cura de aldea, no queriendo, á pesar de su sentencia de muerte, abandonar el rebaño yendo de noche á consolar al labrador, era un cuadro que naturalmente no podía menos de presentarse á la imaginación de un poeta proscrito. Para pintarlo se valió de estos conceptos.

«Errando va por el seno de los bosques: ¡Oh noche silenciosa, protege con tu amiga sombra sus piadosos pasos! Si aun le están reservados nuevos padecimientos, ¡oh Dios! no le niegues tu apoyo. El clamor de esa aldea te lo pide en su nombre. Vosotros, los que os sentís todavía instigados de una cruel animosidad, respetad las virtudes de que ese sacerdote es modelo. Habiéndose podido librar de los calabozos, habiéndose veinte veces visto cargado de cadenas, todavía predica el perdón de los males que ha sufrido, y prestando benigna atención á los lamentos del que padece, va á su morada á enjugar las lágrimas que vosotros le arrancais. Al pasar huyendo por estos fértiles valles, pobre y sin esperanzas, bendice nuestros campos. Solo él desea ofrecerse como víctima á la indignación del cielo. Y en medio de este impío siglo, en que el crimen reina pacíficamente, en medio de las calamidades á que nos condena un cruel destino, él es quien nos enseña á vivir y nos ayuda á morir.»

Llenas están en nuestro concepto esas ideas de sencillez y de unción. En vista de ellas, creemos no habernos engañado mucho al decir que la religión es favorable á la poesía, y que el no valerse de sus imágenes es privarse de uno de los medios mas poderosos de conmover el corazón.

El autor, oculto en su desierto, recuerda los amigos que no volverá á ver, diciendo:

«¡ Ah! Que no me sea dado ver en mi humilde retiro al inmortal intérprete del poeta latino. El fue quien me inspiró esta pura afición al campo, y consagró sus cantos á los espectáculos que me son tan amados. Enlazando estrechamente su ingenio con el de Virgilio, creció semejante á la vid frondosa que se abraza al olmo que le sirve de apoyo, siguiendo las mismas inclinaciones, y elevándose con él. Ya no está con nosotros, su musa desterrada (1), se lamenta afligida y proscrita en otras riberas. ¡ Oh cantor del infortunio, no te volveré á oír! Y vosotros, cuyos talentos y virtudes yo admiraba. ¡ Ah! ya pierdo la esperanza de poder educar mi juventud

(1) Mr. DeLille, á quien alude esta idea, estaba desterrado en Inglaterra.

»bajo la inspiración de vuestra austera sabiduría. Fontanes, cuya voz era consuelo de las tumbas; Saint-Lambert, dulce cantor de la virtud de las cabañas; Morellet, cuya pluma elocuente y atrévada abogó por la desgracia ante la tiranía; Suard, que compitiendo con Addison reunías el talento á la imaginación, y la gracia al raciocinio; La Harpe, que proclamabas los oráculos del gusto; Sicard, cuyos trabajos casi pueden llamarse milagros; Jussieu, La Place y tu virtuoso Daubenton, que me enseñaste secretos que Buffon no conoció, ¡ no os volveré ya á ver! »

Estos interesantes recuerdos y los elogios que con este motivo da el autor á sus amigos, tienen el raro mérito de estar acordes con la opinión del público: todo esto nos parece participar del gusto de la antigüedad. ¿No es así como se lamentaba el poeta latino que hemos citado al escribir á los amigos que había dejado en Roma? «Hay, decía Ovidio, en el suelo natal, una indefinible dulzura que nos atrae, nos encanta, y no nos permite olvidarla. Vosotros, querido Rufino, pensad que los padecimientos que me quitan la vida, cederán á los consuelos que me enviáis en mi destierro: principiad, pues, ¡ oh amigos míos! á ser menos amables, á fin de que sin vosotros pueda vivir con menos pesares.»

¿Quién no se siente enternecido al leer el nombre de Mr. de La Harpe en los versos de Mr. Michaud? Apenas os encontráis con las personas que os son amadas, cuando ya es preciso separarse de ellas y tal vez para siempre. Nadie comprende mejor que nosotros toda la extensión del infortunio que en estos momentos amenaza á la literatura y á la religión. Hemos visto á Mr. de La Harpe abatido como Ezequías bajo la mano de Dios: solo una fe viva y una santa esperanza pueden infundir una resignación tan completa, un valor tan grande, unos pensamientos tan sublimes y elevados en medio de los dolores de una lenta agonía y de los sufrimientos de la muerte.

Los poetas se complacen en pintar las desgracias del destierro, tan fecundas en sentimientos tiernos y tristes. Por eso cantaron á Patrolo refugiado en la tienda de Aquiles, á Cadmo abandonando los muros de Sidon, á Tideo retirado en los hogares de Adraastro y á Teucro buscando asilo en la isla de Venus. El coro en la tragedia de *Ifigenie en Taurida*, quisiera poder atravesar los aires. «Pararía mi buelo, dice, en el techo de la casa paterna; volvería á ver aquellos sitios tan gratos á mi memoria, donde á la vista de una madre, celebré un inocente himeneo.» ¿Quién no conoce el *Dulces moriens reminiscitur Argos*? ¿Quién no recuerda á Uises vagando lejos de su patria y deseando, como única felicidad ver el humo de su palacio? Mercurio lo encuentra sentado tristemente en la ribera de la isla de Calipo: *miraba, derramando lágrimas, aquel mar eternamente agitando (irrequietum).*

Admirable concepto que Virgilio ha traducido aplicándolo á las Troyanas expatriadas:

..... Contaque profundum
Pontum aspectabant flentes.

Esa palabra *flentes* puesta al fin de la frase es de muy buen efecto. Ossian pintó con colores diferentes pero mucho mas seductores un joven muerta lejos de su país en tierra extranjera.

«There lovely Moina is often seen when thee sun-beam darts on the rock, and all around is dark. There she is seen, Malvina, but not lik, the daughters of the hill. Her robes are from the stranger's land, and she is still alone.»

«Cuando un rayo del sol da en el peñasco, y en derredor todo está oscuro, allí es (en la tumba de Carthon y de Clesamor) donde suele aparecer la sombra de la encantadora Moina. Allí suele verse con

»frecuencia, ¡oh! Malvina, pero no como las jóvenes que viven en aquella colina. Sus vestidos son como los que se usan en país extranjero, y todavía está solitaria.»

De la dulzura con que el autor del poema de la *Primavera* se queja, puede inferirse que estaba afectado de esa dolencia que se llama *mal del país*, de esa enfermedad que ataca particularmente á los Franceses que se hallan lejos de su patria. Los médicos han dado á esa tristeza del alma el nombre de *nostalgia*, compuesto de dos palabras griegas, *νόστος*; regreso, y *ἄλγος*, dolor, porque no puede curarse sino regresando al hogar paterno. ¿Cómo no había de emplear Mr. Michaud, que tan tiernos suspiros sabe arrancar á su lira, sensibilidad al tratar de un asunto que el mismo Gresset no pudo cantar sin enternecerse? En su oda al *Amor de la Patria*, se encuentran las siguientes ideas:

«¡ Ah! si en su deplorable correría cierra los ojos en eterno sueño sin volver á ver la grata region donde para él brilló por primera vez la luz; desde allí dirige su postrer suspiro; desde allí su agonizante ternura quiere que sean traídos sus huesos. La tierra de una region extranjera seria menos ligera á sus abandonados manes.»

En medio de los dulces consuelos que el retiro suministraba á nuestro poeta, se le oye exclamar:

¡ Oh dias hermosos de la primavera! ¡ Oh valles risueños! ¡ Qué obra maestra del arte podrá competir con vuestra hermosura? No vale todo Voltaire lo que un rayo de la aurora ni la flor mas modesta que el céfiro hace abrir.

Pero ¿no expresó también alguna vez ese Voltaire (cuyas impiedades detestamos tanto como Mr. Michaud,) pensamientos análogos á los anteriores por su amable ternura? ¿No sintió también hasta esos dulces recuerdos de la patria? Dirigiéndose en cierta ocasion á madama Denis le decía: «Os escribo al lado de la lumbre con la cabeza cargada, el corazón lleno de tristeza, y la vista fija en el rio Spree, porque este cae en el Elba, el Elba en el mar, y el mar recibe el Sena, cuyas aguas pasan cerca de nuestra casa de París.»

Dícese que un francés que tuvo que emigrar durante el Terror, compró una barca en el Rhin, y se acomodó en ella con su mujer y sus dos hijos. Como no tenía dinero, en ninguna parte encontraba hospitalidad. Cuando lo expulsaban de una orilla pasaba sin quejarse á la otra, y finalmente, si en ambas era igualmente perseguido, echaba áncoras en mitad de la corriente. Su ocupación era pescar para alimentar á su familia; pero los hombres le disputaban esos socorros de la Providencia envidiándole algunos miserables pececillos que servían de alimento á sus hijos. Por la noche saltaba a tierra para coger yerbas secas con que hacer lumbre, y en tanto su mujer se sentía agobiada de mortal inquietud hasta que lo veía volver. Esa familia, á la que nada podía echársele en cara mas que sus desgracias, no tenía en toda la vasta extensión del globo un rincón donde reclinar su cabeza. Habiéndose visto obligada á hacerse salvaje en medio de cuatro grandes naciones civilizadas, no tenía otro consuelo que andar vagando por la frontera de Francia, desde donde alguna vez podía respirar el aire que había pasado por su país.

Monsieur Michaud andaba asimismo errante por la cumbre de los montes, desde donde podía por lo menos descubrir la cima de los árboles de la patria. ¿Mas cómo había de entretener el tiempo en un país extranjero? ¿Cómo había de ocupar sus dias? ¿No era natural que en semejante situación fuese á visitar aquellas turbas campestres en que plácidamente las almas cristianas han terminado sus dias de destierro? Eso es lo que hacia el autor del poema de la *Primavera*, y gracias á la estación en que se hallaba no era

el asilo de la muerte mas que un hermoso campo cubierto de flores. Así lo da á entender diciendo:

«Bajo esas ruinas cubiertas de ligero musgo, bajo este olmo antiguo, cuyo abrigo solitario extiende religioso luto en el horizonte, reposan los rústicos abuelos de los habitantes de la cabaña. Desafiando el vano desprecio de la insensata multitud, jamás la ambición llegó á turbar su pensamiento. Tal vez en este féretro, rodeado de humildes flores, duerme un hijo de Apolo, que el mismo Apolo no llegó á conocer; un héroe cuyo brazo hubiera fijado la victoria, que no tuvo ocasión de combatir, ni de adquirir laureles; un Cromwell, un Sylva, despreciado de los aldeanos, que respetó las leyes, y no llegó á reinar. Así suele la flor solitaria que nace en los montes, no ostentar sus colores pasajeros mas que al desierto, y el oro, rey de los metales, oculta en profundos subterráneos su brillo demasiado funesto al reposo de los hombres.»

Tal vez el autor habría hecho mejor en aproximarle mas al poeta inglés á quien imita. Sustituyó la imagen del oro encerrado en las entrañas de la tierra con la de una *perla oculta en el seno de los mares, la flor que no ostenta sus colores pasajeros mas que al desierto*, no es exactamente la *flor que ha nacido para avergonzarse sin ser vista* (is born to blush unseen).

Tull many a gem of purest ray serene,
The dark unfathom'd caves of ocean bear;
Tull many a flower is born to blush unseen,
And waste its sweetness in the desert air.

En vista de esas pacíficas tumbas recuerda al poeta los agitados sepulcros en que nuestros príncipes *aniquilados*, según expresión de Bossuet, estaban durmiendo. Sus fúnebres monumentos no debían abrirse hasta la consumación de los siglos, pero un juicio particular de la providencia resolvió quebrantarlos antes del fin de los tiempos.

Una espantosa resurrección ha dejado vacías las fúnebres bóvedas de *Saint-Denis*; las fantamas de los reyes han salido de la sombra eterna; mas como si se hubiese espantado de volverse á presentar solos á la luz, ó de no encontrarse en el mundo con todos los muertos, como dice el profeta, volvieron á sumergirse en el sepulcro.

Sin duda es una cosa bien digna de atención que algunos de esos espectros ennegrecidos por el féretro, particularmente el rostro de Luis IX, que salió del sepulcro tan negro como el ébano, conservaran tan ilesas sus facciones que se pudo distintamente conocer á quién habían pertenecido. Distingúense en su frente hasta los caracteres de las pasiones y hasta los matices de las ideas de que se había ocupado en otros tiempos. ¿Qué es, pues, ese pensamiento del hombre que deja huellas hasta en el polvo de la nada? Puesto que hablamos de poesía, séanos lícito valernos de una comparación de Milton. Dice este poeta que después de haber terminado la obra del mundo, el Hijo divino fué á reunirse con su rey eterno, y que su camino al través de la materia creada aparecía mucho tiempo después surcando por un trozo de luz: de la misma manera nuestra alma al volver al seno de Dios dejará en el cuerpo mortal la impresión gloriosa de su tránsito.

Merece Mr. Michaud alabanzas por haber hecho uso de contrastes que sirven para mantener despierta la imaginación de los lectores. Los antiguos se servían de esos contrastes hasta en la tragedia. Un coro de soldados está velando en el campamento de los Troyanos; la noche fatal á Rhésus acaba apenas de terminar su curso; ¿se creará que en aquel crítico momento estan los que velan hablando de combates, de sorpresas, ó que están haciendo la descripción de escenas horribles? Véase lo que dice el medio coro:

«¡ Oid! esos acentos de Filomela que en mi varia-

»dos tonos lamenta sus desgracias y su propia ven-
»ganza. Las ensangrentadas orillas del Sinois repiten
»sus lamentables acentos. Oigo á lo lejos el sonido del
»caramillo: ahora es cuando los pastores del monte
»Ida sacan á apacentar sus rebahos en los risueños val-
»lles. Una nube se extiende sobre mis pesados pár-
»pados; una dulce languidez se apoeera de mis sen-
»tidos: el sueño derramado por la Aurora es el mas
»delicioso.»

Preciso es confesar que no se encuentran seme-
»jantes cosas en nuestras tragedias modernas, por
»mas perfectas que sean, y convengamos de bue-
»na fe en que Shakespeare supo algunas veces va-
»lerse de esa naturalidad de sentimiento y de esa sen-
»cillez de imágenes. Ese coro de la tragedia de
»Eurípides recordará fácilmente al lector el diálo-
»go de Romeo y Julieta: «Es la alondra la que
»canta, etc.»



EL JÓVEN EDVIN GUARDANDO SU GANADÓ.

Mas si de la escena trágica hemos desterrado esas
»pinturas pastoriles que dulcificando el terror au-
»mentaban la compasion, porque como dice Fenelon,
»hacian *sonreir sobre un fondo de agonía*, las hemos
»transportado (y con muy buen éxito) á obras de otro
»género. Los modernos han dilatado y enriquecido el
»dominio de la poesía descriptiva; Mr. Michaud lo acre-
»dita en varios pasajes.

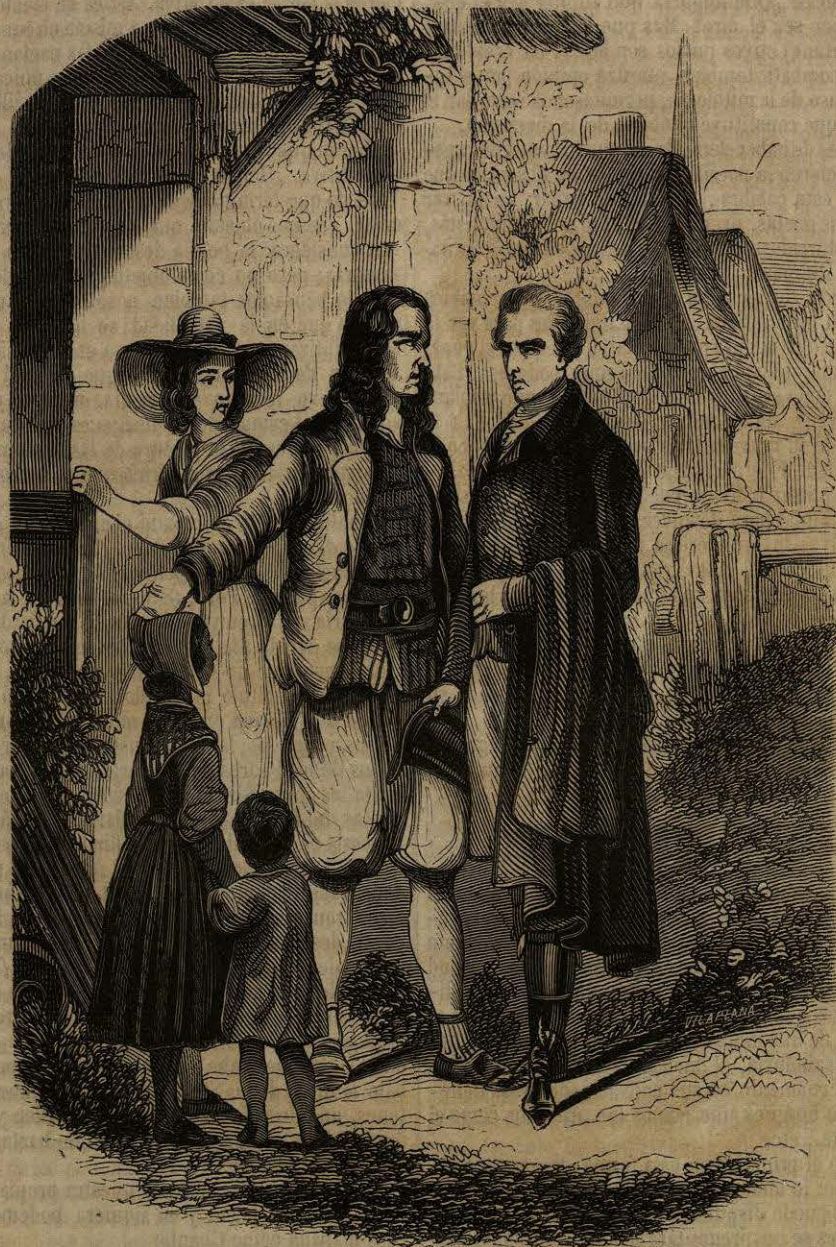
»El astro del dia, pronto á desaparecer, sonrie

»aun desde la cima de los montes á las flores que se
»abrieron á su salida. Al través de los elevados techos
»de las casas se ve brillar en lontananza el límpido azul
»del cielo sereno, y el faro que allá en la opuesta ori-
»lla baña de claridad toda la playa presenta á las mi-
»radas luces fascinadoras que reaniman los pálidos
»crepúsculos del ocaso.»

»El cantor de la primavera, fiel habitante de estos
»valles, encanta efeco de la próxima noche con nuevos

»lamentos. Oculto en el bosque, entre el espeso rama-
»je, canta pesares desconocidos á las musas, en tanto
»que la selva atenta á su voz repite sus dulces acentos
»y su melancólica canción, la muda Aracne suspende
»al espinoso arbusto y al tronco del antiguo roble
»sus largas y delicadas redes. Un resto de claridad

»penetra aun por el ramaje, se resbala por la super-
»ficie del rio y viene á espirar en la orilla. El insecto
»que un mismo sol ve nacer y morir, brilla un momen-
»to con el último resplandor del dia y perece. La codor-
»niz tan extranjera como yo en estos campos hace re-
»sonar el eco con su canto, anuncio de la primavera.



EL LABRADOR DANDO ASILO AL PROSCRIPTO.

»El conejo imprudente sale de su madriguera y vie-
»ne á caer en el lazo que el cazador le ha armado y la
»perdiz tranquilizándose con la venida de las som-
»bras pide á los ecos: «su estraviada compañera.»

Esta es ocasion de hablar de un cargo que Mr. Mi-
»chaud nos ha hecho en su disertacion preliminar,
»combatiendo con tanto criterio como finura nuestra
»opinion acerca de la poesía descriptiva, dice: «El au-
»tor del *Genio del cristianismo* atribuye el origen de
»la poesía descriptiva á la religion cristiana... que

»destruyendo el encanto de las fábulas mitológicas ha
»puesto los poetas en el caso de buscar el móvil des-
»interes en la verdad y en la exactitud de sus cua-
»dros, etc.»

Piensa el autor del poema de la *Primavera* que nos
»hemos engañado.

Por de pronto conviene saber que no hemos atri-
»buido el origen de la poesía descriptiva al cristianis-
»mo, no hemos hecho mas que atribuirle su desarro-
»llo y esto nos parece una cosa muy diferente. Ademá